

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de mis últimas crónicas se ha deslizado una errata. Nadie me ha llamado la atención acerca de ella, pero yo quisiera corregirla.

Al referirme a los desafueros artísticos que se cometen y en los cuales tienen su tanto de culpa los eclesiásticos, no sé qué palabra mía se convirtió en otra, y leo con sorpresa «eclesiásticos desenfrenados». No corresponde el vocablo ni a mi criterio ni tampoco al asunto. El desenfreno es distinto del vandalismo artístico, y cabe ser hasta un excelente sacerdote, y cometer profanaciones con los objetos de arte, los edificios y los restos del ayer.

Esta es la rectificación que deseaba hacer, pues siempre conviene poner las cosas en su punto y dar lo suyo a cada cual.

* *

De los monumentos a Cervantes no puedo decir nada, porque no los he visto.

Estoy apurando los últimos encantos del otoño, en el campo, y cuando llegue a Madrid ya se habrá cerrado la Exposición. Lo que digo es que ninguno de los proyectos realiza la idea que yo me formaba respecto a la importancia y el desarrollo de tal homenaje.

Yo veía el monumento a Cervantes como algo que resumiese la gloria, no sólo del autor del *Quijote*, sino de la Lengua y Literatura Castellanas. Así, alrededor de Cervantes, en la forma que el artista concibiese, o a sus pies, ocupando él la cima, debieran figurar desde los que sacaron de mantillas al habla espléndida que más tarde se difundió por el mundo y es verbo de tantas naciones, empezando por el viejo poeta del «román paladino», hasta los modernos, como Larra y Zorrilla, Valera y Alarcón, por no llegar a la generación que aun vive. Ni aun la figura de Cervantes sería necesario que apareciese en el monumento. Bastaría que, allá en la cúspide, se alzase el hidalgo manchego, caballero en su Rocinante.

Ya comprendo que esta concepción ofrecería dificultades. Tratándose de Cervantes, habría que afrontarlas todas. Lo más «mundial», como ahora se dice, que tenemos es Cervantes (probablemente no gustaría de la palabreja).

Ello es que los anteproyectos han puesto sobre el tapete el nombre de Cervantes. ¡Cide Hamete Benengeli es de actualidad!

Entre las graves preocupaciones que sufre España, y que bien pudieran quitarla el sueño, en esta hora crítica, queda lugar para que vuelva a acordarse del Manco, encontrando en él y en su creación portentosa un símbolo de nuestro destino y una prenda de nuestra grandeza que fué...

Lo singular de Cervantes, en el cual pienso ahora como si se tratase de un hombre de nuestros días (y lo era, en el sentido de ser un hombre de siempre, que se sale de su época) lo singular, digo, de ese regocijo de las Musas, es que de literato tiene poco. Es el prototipo del ingenio lego, con una cultura en la cual entran por cinco o seis los conocimientos que da el estudio, y por noventa la práctica y experiencia de la vida. Vida bien azarosa, de lucha, sin posición, sin dinero, sin consideración social, en la servidumbre y el apuro constante. Vida de español de entonces, al cual sólo le faltó, para estar de lleno en la epopeya de la raza desde el siglo XVI, haber pasado a las Indias.

Pero, sellando el españolismo de su historia, se batió en Lepanto, y fué cautivo de los argelinos crueles.

Por milagro de algún santo, del señor Santiago matamoros, verbigracia, no finó clavado en estaca aguda, o de una paliza en las plantas de los pies. Consideremos en qué estriba la existencia de las

obras maestras del ingenio humano. Sólo Dios sabe lo que estará perdiéndose ahora, en las fatales trincheras, donde tanta vida se siega en flor...

Cervantes no fué, como queda dicho, ningún sabio, sino un cerebro fresco, espontáneo, latino, meridional, que, en los últimos años de su funcionamiento, por efecto quizás de la diabetes, padecía distracciones, olvidos, confusiones, de las cuales en el *Quijote* han quedado muestras.

No, la sabiduría no tiene nada que ver con el *Quijote*.

Cualquiera de los escritores que pudiéramos agrupar en torno de su figura, en aquella hora de esplendor para las patrias letras, era más docto, más informado que Cervantes.

El academicismo, nota tan fácil de descubrir en no pocos de nuestros ingenios, en Cervantes no existe, aun entre sus obras más estudiadas (entre las cuales no se cuenta por cierto el *Quijote*).

Tenia lo que hoy llamaríamos una tintura.

Era su siglo un siglo de fuertes estudios, y los que cursaban las aulas empapándose de filosofía y de humanidades, podían mirarle por encima del hombro.

Existe, sin embargo, otra filosofía recóndita y misteriosa, que no se aprende ni se ejercita en las escuelas, y esa fué la que, como rica savia, vivificó la obra del Manco.

La filosofía del *Quijote* es la más alta que produjeron nuestros siglos de oro. Error no entenderlo así, por el hecho de que el *Quijote* es una novela, y una novela con elementos populares, picarescos, humorísticos.

Obra singular entre las que brotaron de plumas, obra llena de imperfecciones y acaso por lo mismo más humana, yo no encuentro a qué compararla, como no sea a la dramaturgia de Shakespeare.

* *

Son mis dos semidioses, Shakespeare y Cervantes, y, mirando atrás, el padre Homero, que en bastantes respectos se le asemeja, y que, como Shakespeare, no se sabe exactamente quién fué...

De nuestro pobre Manco sí sabemos casi todo cuanto es posible saber. Testimonios de su biografía abundan.

Hay sin embargo puntos dudosos: Alcázar de San Juan disputa a Alcalá de Henares la preza de haberle dado cuna.

Lo mismo el aedo griego que el comediógrafo inglés (aceptemos provisionalmente su filiación, tal cual comúnmente se cree que haya sido) poseyeron mucho mayor dosis de cultura que Cervantes.

La divina inconsciencia del genio no se dejó ver en ellos tan desnuda y virgen como en el Manco.

La desigualdad que a veces caracteriza también al genio, en Cervantes se exageró, y en infinitos casos fué inferior a otros hombres de su época, que no le llegan a la suela del zapato.

Cervantes es la representación misma de la fuerza y riqueza de nuestro idioma, y sin embargo, yo siempre concedería mayor perfección de casticismo a Santa Teresa, a Fray Luis de Granada, y superior dominio de los recursos filológicos a Quevedo.

Hay que ver pues en Cervantes, por encima de todo, un no sé qué, ignorado por él mismo: algo que es como el fuego y el rayo; una fuerza que emana de lo profundo de un individuo singular y, en cierto modo, único.

* *

Acaso Shakespeare, en el conocimiento de los tipos humanos, en el análisis de las pasiones, en la ciencia del alma, llegó más adentro aún.

Shakespeare es un abismo.

Hay en él inmenso vigor de instinto: los personajes de Cervantes, incluso sus locos, son más sociales, más sanos, más equilibrados, que los de Shakespeare.

Hámlet — por ejemplo —, habla y procede de tal suerte, que o es un criminal, o está al margen del crimen a cada paso.

A cuantos le rodean, Hámlet es funesto.

Lo sobrenatural ha envenenado su espíritu, como envenenó el de Macbeth.

Los dos han visto apariciones y sombras, y han sentido el poder del infierno, y están bajo el influjo de las supersticiones y terrores de ultratumba.

Nada semejante ocurre a D. Quijote.

Cree, sí, en malignos encantadores, pero es todo ello tan dulcemente humorístico, que ni un momento nos estremece.

Ved cómo la risa retoza hasta en la espantable y romántica aventura de la cueva de Montesinos.

Un tipo como el de Ricardo III, no cabe en la manera de ser de Cervantes: es otra, muy distinta, su galería de personajes, y ni el sombrío ambicioso, ni la trágica viuda de York, ni los asesinos con puñales destilando sangre, ni lady Macbeth lavándose las manos para que desaparezca la mancha delator, y vagando, suelto el cabello, por los corredores de su castillo, a las altas horas de la noche, presa de un sonambulismo espantable, se parecen en nada a las figuras que hace desfilar Cervantes por su obra maestra, ni por sus novelas cortas.

* *

Tampoco la psicología de D. Quijote es la de los héroes de Homero, aunque pudiera asemejarse más, descontadas las diferencias de tiempo y lugar, y cuanto separa a un guerrero de las edades heroicas de Grecia de un hidalgo manchego del siglo XVII.

El ideal de Aquiles, mirándolo bien, se identifica con el de D. Quijote.

Aquiles, reiteradamente, elige morir joven dejando tras sí una estela gloriosa, antes que cargarse de años en el palacio de su padre.

D. Quijote es un hombre maduro ya, y un iluso; pero ha hecho igual selección.

Deja la modesta holgura de su casa, el allego de su hogar, su mesa sencilla pero abastada, su distracción de correr liebres, y se lanza a una vida de privaciones, estrecheces, hambre y frío, palos y pedradas, escarnios y burlas, guiado por su ensueño de gloria.

D. Quijote es un loco; no cabe duda; pero no veo en qué se distingue del heroísmo, este aspecto de su locura.

En lo que se parecen los tres genios, el aedo, el comediógrafo y el Manco, es en la hondísima percepción de la realidad, y en su transcripción exacta, intensa, como si a un tiempo pintasen, esculpiesen y describiesen con la pluma.

Cuanto refieren, lo veis de bulto.

Homero es de una fidelidad inconcebible, que los arqueólogos modernos han comprobado en sus excavaciones y estudios del lugar donde fué Troya.

Shakespeare, menos atento a los objetos exteriores que a las almas, produce la sensación de un vidente.

Cervantes describe a rasgos, como si trajese las cosas a nuestra presencia.

Toda la energía genial de los tres hombres portentosos está cifrada en la impregnación de la verdad, de la verdad sangrante, palpitante como un corazón.

En la concepción de Cervantes, sin embargo, hay un simbolismo que abarca todo lo real y lo transforma y eleva a la abstracción idealista más alta y hermosa.

Y esto le pertenece; esto no lo descubrimos ni en Homero ni en Shakespeare.

Así sucede que se hable y discorra tanto respecto al sentido oculto del *Quijote*, y no hay nadie que cavile en lo que quiso decir Homero en la *Iliada* ni Shakespeare en *Otelo*.

No poco, sin embargo, hay de simbolismo en *Hámlet* y alguna comedia sespiriana.

Comparad ambos locos y habréis comparado a dos razas, a dos pueblos.

Harto se hablará del Manco todavía, después de tanto como se ha hablado ya.

El Centenario tiene la ventaja de refrescar la nunca olvidada memoria.

En gracia a esta condición le perdonaremos todo el derroche de aparato y percalina que traerá consigo, las veladas, discursos, cabalgatas, funciones y demás festejos; y podremos decir del Manco lo que Iriarte de un elefante, el primero que se vió en Madrid:

«¡Oh, elefante singular!
¡Cuántos bienes has causado!
Tú llenas de genio el Prado;
tú nos das qué conversar;
tú diviertes el lugar;
tú le paseas con tren;
pero es verdad que también
con tu fama nos sujetas
a una plaga de poetas
de que Dios nos libre, amén.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.